

## El cultivo de la inteligencia afectiva

Valentín Martínez-Otero Pérez  
Universidad Complutense de Madrid

### Preámbulo

Es bien sabido que el término "inteligencia" es polisémico y dista mucho de contentar a todos. En este océano de confusión ha adquirido cierto protagonismo la expresión "inteligencia emocional", que subraya la imbricación de los procesos cognitivos y afectivos. Pues bien, este artículo se centra en esa trabazón, así como en sus implicaciones educativas. Precede, sin embargo, consignar desde el inicio nuestra predilección por la locución "inteligencia afectiva", por dos razones principales. Una, porque se trata de una expresión original libre de las connotaciones de otras formulaciones harto conocidas. Dos, porque el término 'afectividad' es más abarcador e incluye, entre otros fenómenos internos, las emociones.

Se insiste en estas páginas en la necesidad de profundizar en el nexo entre cognición y afectividad, muchas veces contemplado de modo superficial, al igual que en la trascendencia de fomentar la educación afectiva en la escuela. El descuido durante largo tiempo de la vertiente emocional ilustra la palmaria deficiencia de la institución escolar y probablemente sea una de las causas que en la actualidad nos obligan a contemplar la extensión de la desorientación vital. Niños, adolescentes y jóvenes se deslizan con facilidad por el tobogán de la violencia, de las adicciones, del relativismo, etc., y pensamos que con el enfoque formativo que impulsamos en esta exposición se brindan claves para comprender el desarrollo humano y para mejorar el papel de nuestra escuela.

Es cierto que en los últimos tiempos se está reconociendo la trascendencia de la educación de la afectividad, pero aún son insuficientes los esfuerzos por desarrollar programas formativos sistemáticos y rigurosos. Por lo mismo, aquí se ofrecen algunas recomendaciones prácticas dirigidas a educadores. Es menester, empero, empezar por definir la *inteligencia afectiva* como "la capacidad para conocer, expresar y controlar la afectividad, sobre todo los sentimientos, las emociones, las pasiones y las motivaciones". Con esta sucinta definición propia dispone el lector de una guía elemental para orientarse en el complejo territorio personal que tratamos de escudriñar.

“El análisis de las relaciones entre razón y emoción constituye en la actualidad un desafío ineludible si queremos conocer y mejorar el comportamiento humano”.



Las implicaciones de la inteligencia afectiva cubren un amplio espectro que se inicia en la propia persona, con toda la riqueza y complejidad del paisaje emocional, y se extiende a las distintas situaciones interhumanas y experiencias vitales; de hecho, la inteligencia afectiva repercute en todos los ámbitos de la vida: familiar, académico, laboral, social, etc. Por eso es menester desarrollarla desde la temprana infancia.

Conviene hacer notar que no se trata de un nuevo tipo de inteligencia que se suma a las largas colecciones que tenemos, sino de una forzosidad. Partimos del supuesto de que la estructura intelectual está inevitablemente unida a la afectividad y aun a la moralidad.

Así pues, parece claro que hay que cultivar la inteligencia afectiva, por más que se posean algunas habilidades cognitivas relativamente autónomas. La vida suministra numerosos ejemplos de personas consideradas muy inteligentes que, en momentos decisivos, son incapaces de ponerse en el lugar de los demás, que no reconocen los estados de ánimo propios ni ajenos y que no saben expresar lo que sienten. Por el contrario, otras personas, a pesar de obtener bajas puntuaciones en las tradicionales pruebas de cociente intelectual, se conducen con equilibrio y manifiestan una inclinación afectiva hacia los otros, a menudo en forma de simpatía, es decir, propenden a conmoverse espontánea y sinceramente con los sentimientos de los demás.

Estos casos y otros de mayor gravedad están muy extendidos y nos llevan a insistir tanto en la necesidad de revisar el concepto de inteligencia como de diseñar nuevos instrumentos de medida de esta facultad que tengan en



Digital Vision

Parece claro que hay que cultivar la inteligencia afectiva. La vida suministra numerosos ejemplos de personas consideradas muy inteligentes que, en momentos decisivos, son incapaces de ponerse en el lugar de los demás

cuenta el componente afectivo. Asimismo, dado que la inteligencia afectiva hay que cultivarla, se hace imprescindible modificar la educación actual -demasiado centrada en los contenidos y muy poco en la vertiente emocional-, en aras de la persona en su totalidad.

La reflexión antropológica posibilita el acercamiento al hombre en cuanto estructura unitaria, totalidad integrada y organizada. Desde esta perspectiva, no son admisibles los planteamientos que hacen peligrar la indivisibilidad de la inteligencia y del propio ser humano. Es preciso insistir en que la inteligencia no opera de modo independiente, sino integrada en la personalidad.

La persona tiene necesidades, intereses, sentimientos, circunstancias, etc., que es menester conocer para comprender su comportamiento, vale decir, su rumbo existencial. Estudiar la inteligencia sin tener en cuenta la situación, la afectividad o la historia personal conduce a una visión parcial de los procesos

cognoscitivos y, por ende, del discursivo vital. Por desgracia, esta es la perspectiva que han adoptado muchos investigadores que, confiados plenamente en el análisis y evaluación de los aspectos racionales, han pasado por alto, por ejemplo, el papel de la afectividad y del entorno. En el mejor de los casos, este enfoque de trabajo permite obtener conclusiones acertadas, aunque pobres y poco generalizables. A menudo se ha pretendido explicar qué es la inteligencia exclusivamente a partir de los resultados en los tests de cociente intelectual.

En línea con lo comentado, es necesario promover el desarrollo de toda la personalidad. El énfasis que algunas concepciones pedagógicas han puesto en una visión limitada de la inteligencia, por otro lado sobrealimentada, ha desembocado en un desequilibrio formativo caracterizado por la exclusiva atención a los procesos racionales y el descuido, por ejemplo, de la dimensión afectiva. La escuela del nuevo milenio tiene ante sí el

reto de educar armónicamente, desde el respeto a las diferencias individuales, todas las vertientes de la personalidad. Desde la pedagogía, son cada vez más las voces que coinciden en afirmar que si la institución escolar no cultiva todos los aspectos, esto es, si no se humaniza, se hipoteca el progreso y pervivencia de nuestra especie. Hoy no puede concebirse una educación integral sin el desarrollo de la afectividad en saludable armonía con el despliegue de la racionalidad.



DigitalVision

### Naturaleza de la inteligencia afectiva

La reflexión y la revisión de literatura científica nos permiten identificar tres tipos de competencia -cognitiva, afectiva y conductual- que constituyen la *inteligencia afectiva* y que poseen valor operativo para su mejora:

- **Competencia cognitiva.**- Es la capacidad para utilizar el pensamiento de forma eficaz y constructiva. Incluye procesos mentales de comprensión, razonamiento, abstracción, resolución de problemas, aprendizaje de la experiencia y adaptación al entorno. Especialmente relevante es la metacognición o capacidad para pensar en la propia cognición y controlarla. En el marco de la inteligencia afectiva, la competencia cognitiva se caracteriza por una orientación prosocial, pues el conocimiento y la habilidad que se poseen tienden a reforzar los lazos interpersonales, es decir, la convivencia.
- **Competencia afectiva.**- Es la capacidad para reconocer, expresar y canalizar la vida emocional. Adquiere especial importancia el equilibrio personal, la autoestima y la empatía. También es importante la metaafectividad o capacidad del sujeto para conocer y gobernar los sentimientos que provocan los fenómenos afectivos. Este componente se refiere sobre todo a las habilidades que tiene el sujeto para comprender la afectividad.
- **Competencia conductual.**- Son las acciones que realiza el sujeto, a partir de su pensamiento y de su afectividad. La planificación es básica para que no nos hallemos, más allá de lo imprescindible, en meros automatismos. La estructura cognitivo-emocional equilibrada y rica libera de la "robotización" y facilita la aparición de conductas positivas a nivel personal, escolar, profesional, social, etc.

Aun cuando no hay acuerdo unánime en señalar los componentes de la inteligencia afectiva, entre otras razones porque es poco el tiempo que la comunidad científica lleva interesándose por esta cuestión, con frecuencia los autores que abordan el tema distinguen las tres vertientes descritas que, dicho sea de paso, operan entrelazadamente.

### La inteligencia afectiva en la escuela

Aunque el fomento de la inteligencia afectiva debería extenderse a la familia y a la escuela, en esta ocasión nos centraremos en su cultivo desde los centros educativos. Es comúnmente aceptado que las personas con elevada inteligencia afectiva tienen más posibilidades de adaptarse a las situaciones y de obtener éxito en los proyectos. En el ámbito laboral, por ejemplo, se está tomando conciencia de la importancia que la competencia cognitivo-emocional tiene en la satisfacción y el rendimiento en el trabajo, hasta el punto de que han surgido algunas iniciativas de formación empresarial encaminadas a promoverla en las organizaciones. En la institución escolar también se está reconociendo la trascendencia de la inteligencia afectiva, pero parece que siguen siendo insuficientes los esfuerzos.

Los resultados obtenidos tras la aplicación de algunos programas encaminados a favorecer el aprendizaje social y emocional en algunas escuelas revelan que los escolares que han participado en el proceso mejoran significativamente más que los alumnos que no han seguido ningún entrenamiento especial. Estos hallaz-

## La inteligencia afectiva debe ejercerse en todo tipo de alumnos, no sólo en los que muestran un comportamiento deficitario y, si es posible, desde la temprana infancia

gos apoyan la idea de los beneficios individuales y colectivos de la inteligencia afectiva que, por cierto, debe ejercerse en todo tipo de alumnos, no sólo en los que muestran un comportamiento deficitario y, si es posible, desde la temprana infancia. El progresivo reconocimiento y afianzamiento de los orientadores en los centros educativos puede ser de gran ayuda para animar y mostrar a los educadores cómo desarrollar la inteligencia afectiva en el aula.

Propongo a continuación, sin pretensión de exhaustividad, algunas vías concatenadas para desarrollar la inteligencia afectiva en la escuela:

### - *El ejemplo de los educadores.*

Los alumnos advierten lo que hacen y dicen los profesores, a quienes tienden a imitar. Aun sin querer, el comportamiento de los educadores se presenta ante los escolares como referencia o base de su conducta. De la misma forma que el ejemplo positivo y rico cala en el educando y le orienta constructivamente ante sí mismo y los demás, el ejemplo negativo penetra en su ser y le arrastra hacia el error. La ejemplaridad de las acciones tiene gran impacto en el niño, especialmente en la forma de organizar la realidad y en el acercamiento a los otros y a cuanto le rodea. La seguridad o temor, el optimismo o pesimismo, las actitudes y valores, el modo de relacionarse, el tono vital, etc., dependen en buena parte de lo que durante la infancia se haya observado e imitado. Un primer axioma ha de ser, por tan-

to, predicar con el ejemplo, pues es fácil que las conductas sean seguidas. Los niños aprenden a expresar su afectividad observando cómo lo hacen los adultos más cercanos y significativos. La competencia cognitivo-afectiva del profesor influye en el crecimiento intelectual y emocional de sus alumnos.

- *La convivencia cordial.*- El ambiente que se vive en el aula ha de constituir un medio óptimo para el desarrollo de la inteligencia afectiva. El clima social más apropiado es el que se fundamenta en la cordialidad (del latín, *cor*, *cordis* = corazón), es decir, en la comprensión, el respeto, la confianza, la comunicación, la sinceridad y la cooperación. Junto al discurso verbal y las actividades programadas, es decir, lo que podemos llamar educación patente hay otra realidad educativa latente igualmente importante, en la cabe incluir el gesto, la palabra de aliento, etc. Ambas modalidades formativas (explícita e implícita), por más que se presenten con desigual "visibilidad", constituyen la atmósfera que troquele al niño. La riqueza emocional del clima escolar opera como poderoso adherente que condiciona la dirección que adopte la conducta infantil.

- *Utilizar material que favorezca el desarrollo de la inteligencia afectiva.*- Conviene aprovechar situaciones de la vida cotidiana, informaciones de actualidad, películas, etc. Hay que procurar que los alumnos tomen conciencia tanto del intor-

no (su propia cognición y afectividad) como del entorno. Las materias que integran los planes de estudio son adecuadas para trabajar la inteligencia emocional sin desligarla de los demás objetivos educativos. Coincidimos con Bisquerra (2000, 255), cuando afirma que la "educación emocional" debe impregnar todas las áreas académicas a lo largo de toda la escolaridad.

Dar por buena la afirmación de que no hay procesos afectivos ni racionales puros, nos lleva a enfatizar la posibilidad de caldear la "frialidad" de los contenidos o, lo que es igual, de excitar el ánimo del educando indiferente por medio de la búsqueda de las impresiones de armonía (incluso al explicar cómo se resuelve un problema matemático), de la conexión con sus intereses, actitudes, etc.

### - *Potenciar el razonamiento.*

- La confrontación de opiniones en un ambiente de reflexión y libertad contribuye a la mejora de la inteligencia afectiva. Hay que evitar, eso sí, caer en el relativismo y en el adoctrinamiento. La infusión de racionalidad desde la infancia ayuda a "poner los pies en la tierra", sin que ello tenga que suponer, en modo alguno, un cercenamiento de la creatividad, tan necesaria como poco valorada aún. La ejercitación en procesos lógico-racionales probablemente ayude a reducir las creencias infundadas de naturaleza supersticiosa o esotérica, que a veces condicionan poderosamente, incluso en los adultos, las relaciones interpersonales. Hay personas cuyas acciones están regidas por interpretaciones carentes de todo fundamento que se nutren plenamente de la subjetividad y a menudo se ligan al "aquí y ahora", de ahí que las generalizaciones sean inapropiadas, cuando no claramente peli-

grosas. Es preciso favorecer en los alumnos la formación de conceptos sólidos, el enjuiciamiento crítico de la realidad, la curiosidad intelectual y el amor a la verdad.

No es empresa fácil ofrecer recomendaciones válidas para todas las situaciones. Los profesores deben hallar sus propios canales para cultivar la inteligencia afectiva. En realidad siempre se ha hecho, aunque a menudo de modo inconsciente y con resultados imprevistos cuando no claramente adversos. Es preferible, pues, adoptar una perspectiva científica, lo que es tanto como establecer objetivos y acción sistemática. Se sabe que la inteligencia afectiva favorece el aprendizaje, la maduración y el bienestar personal, por lo que hay que desear que en los centros escolares se tome conciencia de la necesidad de promover esta capacidad de los educandos como senda que permita avanzar hacia la autorrealización y la convivencia.

### Reflexión final

En la institución escolar cada vez se reconoce más la necesidad de promover la *inteligencia afectiva*, entendida aquí como forzosa, no como un nuevo tipo de inteligencia que se agregue a las largas colecciones con que contamos. Desde mi punto de vista, la praxis educativa actual debe partir de una revisión profunda de dicho concepto. Son muchas las sombras que se ciernen actualmente sobre la formación humana y, por lo mismo, el esclarecimiento de las relaciones entre razón y emoción puede ayudar en el noble empeño de mejorar la educación. De acuerdo con este planteamiento, en el artículo que ahora concluye nos adentramos a explorar la naturaleza del módulo cognitivo-afectivo, al tiempo que brindamos claves pedagógicas para su desarrollo. La considera-



Los profesores deben hallar sus propios canales para cultivar la inteligencia afectiva. En realidad siempre se ha hecho, aunque a menudo de modo inconsciente y con resultados imprevistos cuando no claramente adversos

ción simultánea de la cognición y la afectividad a lo largo del curso vital ha de ser objetivo educativo de nuestro tiempo que se traduzca en un diseño formativo diferencial según las etapas, aunque sin romper la unidad del proceso evolutivo. Lo que debe quedar fuera de toda duda es la necesidad de cultivar la inteligencia afectiva y, cómo no, la afectividad inteligente, so pena de limitar las posibilidades de dilatación personal. En primera aproximación se ha ofrecido una estrategia cuádruple llamada a modificación por parte de cada profesor, según las características y necesidades de sus alumnos.

En definitiva, no se trata de demandar un timocentrismo pedagógico, sino de avanzar hacia una educación integral. Se requiere una adecuada transformación formativa a favor de la vertiente emocional, convenientemente entreverada con la

dimensión cognitiva. Una educación tal no es tarea imposible en el ámbito escolar. El cultivo de la afectividad ha de entrelazarse con la transmisión de contenidos y con el desarrollo de aptitudes del educando. Tampoco hay que olvidar la necesaria colaboración con la familia, primer ámbito educativo. En definitiva, para que la educación de la *inteligencia afectiva* no quede abandonada a su suerte debe programarse a partir de fundamentos científicos. El análisis de las relaciones entre razón y emoción constituye en la actualidad un desafío ineludible si queremos conocer y mejorar el comportamiento humano. ■

### Para saber más

-MARTÍNEZ OTERO, V.,  
*Teoría y práctica de la educación*, CCS, Madrid, 2003.